

## ACTITUDES ANTE LA TRADUCCIÓN EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XIX

ROBERTO DENGLER  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Los estudios ya clásicos como la *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX* del profesor Montesinos (1980) o la *Historia del movimiento romántico español* del profesor E. Allison Peers (1973) han dejado definitivamente constancia, y de manera palmaria, de la inmensurable penetración en España, en la primera mitad del siglo XIX, de obras extranjeras -y mayoritariamente francesas-. Una causa de aquella penetración extranjera radicó en una situación política caótica agravada por un importantísimo movimiento de exiliados y emigrados que resultó ser una auténtica herida abierta.

En su estudio sobre *Liberales y románticos*, el profesor Vicente Llorens dedica un capítulo a las actividades literarias de los emigrados, actividades en las que la traducción ocupaba un lugar preferente: "Las emigraciones modernas, leemos, suelen ser literariamente fecundas en el campo de la traducción. El emigrado sin más oficio ni beneficio que su ilustración o despejo es en principio un galeote condenado a traducir sin descanso" (Llorens 1979: 155). De hecho, las traducciones literarias realizadas tanto fuera como dentro de España abarcan un amplio elenco que iba desde obras fuertemente marcadas por las ideas neoclásicas hasta obras que apuntaban un cambio ético y estético que abocaría al romanticismo, pasando por un auténtico alud de obras -en mayoría novelescas y teatrales- que no se caracterizaban precisamente por el elevado estro de sus autores hoy totalmente caídos en el olvido más absoluto. Por ejemplo, ¿quién conoce o lee hoy las novelas de Mme Cottin, de Mme de Genlis, de Mme de Monlieu o de Mme de Graffigny, o los melodramas de Pixérécourt, Ducange, Caigniez, o las comedias y vodeviles de Bayard o Scribe? Fueron sin embargo éstos unos autores que, gracias a las traducciones de sus obras, gozaron de una popularidad realmente asombrosa. Señalemos de paso que el mismo fervor popular era reservado a ese tipo de literatura -o paraliteratura, para hablar con más precisión- si nos referimos al melodrama "de gran espectáculo", como rezaban las carteleras de aquellos años.

A través de unos artículos publicados en revistas o periódicos del primer tercio del siglo XIX podemos apreciar el eco y percepción, favorable o preocupante y adversa ante tamaña penetración extranjera, así como ciertas actitudes contrarias ante la

traducción y las traducciones. La primera revista en la que hemos encontrado referencias a traducciones extranjeras es *La Minerva o el Revisor general* (1805-1808, 1817-1818). Varios números de esta revista están dedicados a las influencias inglesa (t. I), alemana (t. II,) y francesa, esta última representada por Népomucène Lemercier, cuyo curso de literatura dramática (t. XII) es objeto de un amplio análisis. El mismo trato de favor recibe el teatro de Baour-Lormian, Andrieux, Duval, Picard, Étienne y Jouy (t. X) del que se dice que es “escritor ingenioso y muy fino y sagaz observador que ha sobresalido en un género que perfeccionarán los ingleses”. La revista se inclina netamente a favor del neoclasicismo francés y de su émulo español Leandro Fernández de Moratín cuyo ejemplo significa una clara reacción en contra de la “germánica sensibilidad”.

La célebre revista *El Censor* (1820-1822) es claramente liberal, contiene varios artículos en los que se decanta por unas opciones francamente a favor de la influencia francesa en las letras españolas con modelos como Marmontel y Barthélémy (IV, 223), las novelas de Mme Cottin que según *El Censor* cumplen los tres requisitos ineludibles, o sea: que la obra contenga un fondo esencialmente moral, con casos ejemplificadores, que en ella el amor aparezca siempre como peligroso y que sus personajes se sitúen a medio camino entre el bien y el mal. Por lo que respecta al teatro español, *El Censor* reconoce la fuerte presencia francesa y concede su beneplácito a las obras de carácter neoclásico representadas en Madrid, dedicando veinticuatro páginas a un análisis elogioso de *Las vísperas sicilianas* de Casimir Delavigne (XV, 108).

Sin duda alguna la fuente más rica para establecer un elenco cuantitativo del teatro francés representado en Madrid por aquellos años es *El Correo Literario y Mercantil* (1828-1833). En efecto, ofrece a diario en su primera época (1828-1830) una reseña o resumen del argumento y algún juicio crítico sobre prácticamente todas las obras representadas en los coliseos madrileños. Son, en su mayoría, obras traducidas del francés y pertenecientes a autores como Picard, Duval, Bonjour, Beaumarchais y Scribe. En la segunda época de la revista (1830-1833) colaboró Bretón de los Herreros, cuyas críticas nos permiten valorar realmente el predominio del teatro francés en las tablas madrileñas gracias a sus comentarios sobre los numerosos vodeviles franceses que solían concitar los aplausos del público madrileño. A título ilustrativo reproduzcamos este comentario a propósito de *Los primeros amores*, vodevil de Scribe adaptado por el propio Bretón “cuyo buen éxito se debe menos al escaso mérito de la traducción que a la maestría con que supo ordenar la fábula Mr. Scribe, y al singular acierto con que acaba de verse representada” (*Correo* de 18.05.1831). Señalemos también entre las críticas de Bretón de los Herreros la que escribió a propósito de un melodrama de Ducange adaptado por Larra, *Roberto Dillon o el católico de Irlanda*: “No tiene sólo este drama la recomendación de encerrar un argumento interesante y patético sobremanera, aunque en él no se haya escrupulizado mucho en punto a exactitud histórica, sino que todas las escenas están muy hábilmente preparadas para producir los grandes efectos, ya de terror, ya de compasión que imaginó el poeta” (*Correo* de 14.10.1832). Este elogio no será óbice para arremeter en otros artículos contra la nueva escuela, el romanticismo, que empezaba ya a manifestarse en ciertos círculos literarios e incluso en alguna que otra obra.

Un estudio pormenorizado de las críticas de Bretón de los Herreros publicadas en *El Correo Literario y Mercantil* nos lleva a reconocer que en su mayoría las traducciones o adaptaciones de las obras representadas por aquellos años merecen a juicio de este crítico una valoración positiva; aquellas obras gozaban de las preferencias del público - por ejemplo el “melomimodrama mitológico-burlesco de magia y de grande espectáculo” del francés Grimaldi, titulado *La pata de cabra*. No faltan sin duda alguna acerbas críticas contra los “traductorzuelos de tres al cuarto” (*Correo* de 11.11.1831) y contra quien dice para sí:

yo sé la lengua de Castilla porque al fin en Castilla he nacido, y, mal que bien, las gentes me entienden; un sargento gascón me dio algunas lecciones de la francesa: ¿pues por qué no he de traducir yo una comedia? Mi letra es clara; entiendo un poco de ortografía; tengo un Chantreau y un Taboada para los apuros... sí, sí: manos a la obra. En ocho días amaso mi traducción; se representa; la aplauden tal vez a rabiar, que de menos nos hizo Dios, y aunque el público silbe, tosa, escupa, brome y pida la media luna, no importa: 600 u 800 reales no son de perder, y, como dijo el otro, los duelos con pan son menos. (C<sup>a</sup> 08.07.1831)

En realidad, salvo indignas excepciones, muchos de los traductores-adaptadores de obras extranjeras serán ellos mismos dramaturgos, como fue el caso de Larra y Bretón, y también de Escosura, García Gutiérrez, Gil y Zárate, Gorostiza, Hartzenbusch, Martínez de la Rosa, Rodríguez Ruiz, Tamayo y Baus, Ventura de la Vega.

En las circunstancias socio-políticas que son las del primer tercio del siglo XIX, tras la derrota napoleónica, la consecuente huída de “no menos de diez mil ‘afrancesados’ (doce mil, según Artola), entre los cuales figuraban, además de notables escritores, profesionales y hombres de ciencia” (Llorens 1979: 10) nada extraño que “los escritores de más valía, los hombres más insignes en las letras [fueran] sustituidos por autores ignorantes y baladíes que empañaban la atmósfera literaria con sus producciones soporíficas, [...] sus novelas insípidas” (Mesonero 1967: 157-158). Nada extraño tampoco que desde fuera o desde dentro de España algunos hombres preocupados por el presente y el futuro de sus país intentaran contribuir con producciones extranjeras, entregándose inevitablemente pues a la traducción, a suplir las deficiencias de la producción española.

En un momento en que todo viene de Francia, aun lo no francés (Montesinos 1980:79), parece inevitable que entre tantas y tantas producciones procedentes del extranjero se diera un “fárrago inmenso de traducciones descuidadas de malos originales que arrojan las prensas todos los días para viciar nuestro idioma no menos que nuestras costumbres” (Montesinos 1980: 97) o que se pensara que los traductores “desvirtúan la genuina índole de nuestro idioma nacional”, “corrompen la lengua, depravan el gusto” (Montesinos 1980: 97), según leemos en una revista de la época.

En aquella situación de “mutilación poco menos que irreparable en todos los órdenes de la vida nacional” según V. Llorens (1979: 11), resultaba prudente no condenar

la labor de traducción realizada por aquel entonces: en primer lugar la traducción permitió a España conservar ese contacto con el Otro tan necesario en todo momento y máxime en épocas de crisis; en segundo lugar, si “tanta traducción bastardea y corrompe la lengua” según un argumento avanzado siempre por la crítica, eEn realidad, lo que expresan tales reproches, como otros análogos de principios del siglo siguiente, es el malestar de una conciencia intranquila por el hecho de la decadencia, del lugar secundario que España ocupa en Europa y de su servidumbre respecto de otros países, sobre todo de Francia. Tanta bulla de traducciones, aunque fueran malas, que no todas lo fueron, resultaba en definitiva beneficiosa, y la lengua, lejos de ser bastardeada, salió enriquecida, o capaz de serlo una vez cultivada por manos más capaces” (Montesinos 1980: 31).

### Referencias bibliográficas

- BRETÓN DE LOS HERREROS, Manuel. 1831-1833. “Artículos” en *El Correo Literario y Mercantil*.
- LLORENS, Vicente. 1979. *Liberales y románticos*, Madrid, Castalia.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de. 1967. *Obras*, Madrid, Atlas (BAE 5).
- MONTESINOS, José F. 1980. *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX. Seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*, Madrid, Castalia.
- PEERS, Edgar Allison. 1973. *Historia del movimiento romántico español*, Madrid, Gredos, 2 vols.